

VERDAD E HISTORIA

1.-Desde el siglo pasado la Filosofía se ha aplicado reflexivamente al tema de la Historia. El hombre, unidad sustancial de cuerpo y alma, en razón de su cuerpo está instaurado en el tiempo, más aún, es un ser temporal y, como tal, cambiante. Por el contrario, por su espíritu, es un ser sustancialmente inmutable y permanente y a la vez consciente y libre. De esta conjunción de corporeidad temporal y de dominio sobre la misma, de la unidad permanente del espíritu por la conciencia y la libertad, se origina la Historia.

El hombre es un ser esencialmente histórico, cambiante en su ser y actividad individuales y en sus múltiples creaciones de los distintos sectores de la cultura, que constituyen su mundo: el Arte y la Técnica, la Moral, el Derecho, la Economía y la Sociología, la Ciencia, la Filosofía y la Teología: nada humano en sí mismo y en su proyección cultural sobre el mundo y sobre el propio hombre escapa a su carácter histórico.

2.-Esta verdad, que hoy se manifiesta en toda su fuerza y hasta nos parece evidente por demás, fue descuidada sin embargo o no tenida en cuenta suficientemente en épocas anteriores. Muchos sistemas filosóficos se organizaron como si la inteligencia no estuviera encarnada y no dependiera en su actividad espiritual propia de la vida de los sentidos y, consiguientemente, de la materia. Tal ha sido la posición de los grandes sistemas exageradamente espiritualistas o racionalistas, desde Platón a Hegel pasando por Descartes, Leibniz y Espinoza. Sólo hay una verdad absoluta, de acuerdo a esta posición, enteramente descarnada y desvinculada de la Historia.

3.- Por el otro extremo todos los empirismos y sensismos, que reducen la vida intelectual a la de los sentidos, es decir, a una vida consciente esencialmente dependiente del cuerpo, desconocen la existencia de una verdad absoluta, trascendente al carácter cambiante de la Historia. El hombre únicamente conoce un conjunto de fenómenos o apariencias de las cosas, a las cuales en verdad no aprehende. Tal conocimiento, es, en definitiva, subjetivo y dependiente, en última instancia, del hombre mismo en su situación de aquí y de ahora. Todo conocimiento es, por eso, relativo y vale para cada sujeto solamente, más todavía, para él únicamente en su momento y situación determinada. Tal posición empirista anti-intelectualista, es la de Heráclito hasta Bergson, pasando por los Sofistas de la Antigüedad, los Nominalistas de la Edad Media, los Sensistas de la Edad Moderna, Locke, Berkeley y Hume, y los Positivistas del Siglo pasado Comte, S. Mill, y los Neopositivistas y Neonominalistas y Existencialistas de nuestra Época, Heidegger, Sartre, etc.

Tal el origen del Historicismo o de la Filosofía que hace depender totalmente el pensamiento y la verdad y, consiguientemente, todos los valores del espíritu y de la cultura, de la Historia. El Historicismo impregna y deja su impronta en gran parte del pensamiento y de la Filosofía contemporáneos. Para él la verdad carece de valor absoluto, no tiene un alcance trascendente e inmutable, sino que está sumergida y determinada por el cambio, de la Historia.

4.- Dilthey es quien ha dado formulación de sistema al Historicismo. Para él las concepciones filosóficas se organizan sistemáticamente como expresión de una Weltanschauung o cosmovisión, que él reduce fundamentalmente a tres. En torno a estas Weltanschauungen las diferentes manifestaciones de la cultura -Arte, filosofía, Derecho, Economía, Religión, etc.-, se organizan en unidad: forman una estructura. La estructura viene a ser la unidad de la cultura en torno a una Weltanschauung, que es como su centro y fundamento o, si se prefiere, como su alma que le da forma y la vivifica.

Pero las Weltanschauungen, en que se fundan los diferentes sistemas filosóficos, no se apoyan ni dependen de una verdad trascendente, no poseen ningún valor absoluto; están determinadas ciegameente por elementos irracionales del hombre, por su temple histórico. En definitiva, la Weltanschauung es el modo como la vida humana, constituida, en última instancia, por impulsos irracionales, busca vincularse con el mundo.

Por eso, la Filosofía, el Derecho, el Arte y la Religión y demás manifestaciones de la cultura, en que se encarna la Weltanschauung, no son expresiones de una verdad absoluta, sino medios de vincular al hombre con el mundo. Por eso, no interesa de qué la Filosofía, Arte, Derecho o Religiones trate; basta que ellas respondan a ese momento histórico, a ese modo de ser o sentir del hombre en ese instante en esa circunstancia, en definitiva, que respondan a la Weltanschauung por la que el hombre -los elementos irracionales que lo constituyen en la última trama de su vida- se expresa en ese aquí y ahora.

Precisamente porque no se apoyan y expresan una verdad trascendente y absoluta -que ni siquiera sentido tiene en el **Historicismo** porque no alcanza el ser- sino que están determinadas por una realidad y actividad históricas, las Weltanschauungen y las **consiguientes** estructuras no son estables, lo son sólo relativamente, y se dan en continuo cambio, hasta que aparecen enteramente transformadas, otras, para dar lugar a una nueva época; y la nueva Weltanschauung, que se iba gestando generalmente por pasos imperceptibles, **ha** ido creando también del mismo modo, suavemente, una nueva estructura con una nueva Filosofía, un nuevo Arte, un nuevo Derecho y, en general, con nuevas manifestaciones de la cultura.

La verdad -y consiguientemente la belleza y la bondad- no tiene consistencia absoluta, no vale sino como expresión de una Weltanschauung, la cual, en definitiva, no es sino la encarnación de un temple o sentimiento irracional vital, que vale para su momento histórico, correspondiente a esta rama irracional de la vida humana. La Historia determina enteramente la verdad y, con ella, la Filosofía, la Religión y todas las expresiones de la cultura. Tal el **Historicismo**, al que Dilthey ha querido dar fundamentación y formulación filosófica.

5.-Lo cierto es que ni los espiritualistas exagerados o racionalistas, que desconocen el carácter histórico en que se encarna y manifiesta la verdad en el hombre, ni los empiristas e historicistas -y nos referimos sobre todo a Dilthey- que hacen depender la verdad enteramente de la Historia, que sumergen y diluyen la verdad en algo enteramente subjetivo y cambiante, cuando no además irracional, tienen razón en lo que afirman pero no en lo que niegan. Ambas posiciones son unilaterales y desconocen uno u otro de los caracteres con que la verdad se manifiesta en el hombre: su carácter absoluto y trascendente y a la vez su carácter histórico; caracteres que provienen del ser espiritual y material del hombre, respectivamente, y que

aquellas posiciones extremas desconocen, en uno u otro de tales constitutivos: el espiritual, los empiristas e historicistas; el material, los racionalistas.

6.-La verdad es que la Filosofía actual no desconoce el carácter histórico del espíritu, de su cultura, y más bien se inclina a subrayar en demasía esa nota y gravita hacia una absorción total de la vida espiritual y de sus objetos trascendentes: la verdad, la bondad y la belleza -identificados, en definitiva, con el ser- por parte de la Historia, es decir, gravita hacia el Historicismo.

La corriente historicista no es exclusiva de la Filosofía, invade todos los planos de la cultura contemporánea e incluso forcejea por penetrar en el dogma y moral cristianas, tanto que S. S. Paulo VI ha denunciado en repetidas ocasiones el peligro del Historicismo, que tiende a diluir el carácter absoluto y permanente de la verdad del dogma y de las normas morales para hacerlas depender de un, puro devenir histórico.

De aquí que en esta época sea misión del filósofo cristiano esclarecer el sentido permanente e inmutable de la verdad y demás objetos y valores del espíritu y de la cultura dentro del contexto humano e histórico en que se realiza.

7.- El concepto objetivo no es una mera imagen, ni mucho menos un esquema inmóvil separado de una realidad cambiante, a la que no aprehende en su ser trascendente, un puro instrumento para manejarla o utilizarla desde afuera -Bergson y, en general, el vitalismo-; sino que es verdaderamente un aspecto o faceta de la realidad, aprehendida y presente en el acto de la inteligencia. Tal aspecto abstrae o deja de lado los otros, pero sin negarlos. En el juicio de existencia, la inteligencia devuelve ese aspecto objetivo a la realidad concreta de donde fue tomado. Y todos los juicios ulteriores, por alejados que estén de la realidad existente, pueden y deben reducirse y apoyarse en tales juicios de existencia, los cuales a su vez se nutren, y fundan en la intuición de los sentidos, en la presencia misma de la realidad existente.

*Ahora bien, esta aprehensión conceptual del objeto y esta integración de la misma en el ser real, se realiza, sí, en un momento temporal-histórico movedizo, pero lo trasciende por tratarse de **un** acto del espíritu, no sujeto directamente al tiempo. En el acto del juicio, el entendimiento ve que tal noción o concepto objetiva -la cara de la realidad presente en la mente- se identifica con tal ser real, asiste a esta identificación, iluminado por la luz de la verdad objetiva, por la evidencia con que el ser se le manifiesta, tiene conciencia de que el ser no puede ser de otro modo o, en otros términos, tiene certeza de la verdad. Este acto, en cuanto aprehensión evidente del ser o verdad objetiva, no depende de su carácter histórico; de ser este acto; y, por eso, el mismo entendimiento no solamente ve tal verdad, sino que ve que esta verdad -el que la realidad sea ésta o aquella- es verdad, es así para siempre. La realidad aprehendida podrá cambiar continuamente en su existencia concreta, pero la inteligencia ve que su esencia, aquellas notas que la constituyen tal cosa, son inmutables y eternamente así como son, trascienden el tiempo y la Historia.*

*Más todavía, aun aquellas notas cambiantes que se refieren a **la** existencia concreta, referidas a la realidad expresan, sí, una nota cambiante, pero que en ese momento conviene a la realidad; y la inteligencia ve con evidencia que en ese momento tal nota o predicado se identifica con el ser real y que tal identificación realizada en ese momento será eternamente*

verdadera. Siempre será verdad, por ejemplo, que en tal fecha y momento Napoleón ganó tal batalla, aún hoy que ya no existe ni Napoleón ni las demás circunstancias bélicas.

Brevemente, puede haber verdades que se refieren a la esencia de las cosas, las cuales, una vez vistas con evidencia, son verdades siempre válidas: por ejemplo siempre será verdad que la esencia del hombre está constituida por las notas de animal y racional. Y puede haber verdad de las cosas contingentes existentes, de los objetos históricos como tales, y entonces la verdad es inmutable en cuanto se refiere a tal objeto histórico: siempre es verdad que Napoleón realizó y ganó tal batalla en tal momento, aunque en sí mismo este hecho sea contingente y podría no haber existido, e incluso, una vez realizado, ya no existe más. Lo que es inmutable es la verdad que expresa tal hecho contingente realizado en tal momento y situación.

La aprehensión de la mente alcanza inmediatamente la realidad o ser trascendente, bajo alguno de sus aspectos, de modo que, por su riqueza espiritual, el acto inmanente del intelecto es capaz de dar existencia a un aspecto de la realidad trascendente, como distinto de él mismo o, en otros términos, como ob-jectum. Esa aprehensión cuando se funda en la evidencia o manifestación inmediata del ser trascendente -ya en su esencia inmutable, ya en su existencia contingente- es inmutable y eterna. La inmutabilidad de la verdad reside en la identidad vista del predicado con el sujeto en el juicio evidente, en cuanto vista. Siempre será verdad que tal identidad vista por la inteligencia, en el modo como fue vista, es verdadera y como tal incapaz de cambiar; sea que tal objeto sea y permanezca inmutable -objetos esenciales- sea que tal objeto cambie después, sea cambiante en sí mismo -objetos existenciales-. Es la verdad, lo aprehendido por el intelecto y en cuanto aprehendido, lo que no puede cambiar. Lo cual quiere decir que la verdad como tal es a-histórica, expresa una conformidad o identidad intencional del acto inteligente con la realidad entendida, identidad que en cuanto tal trasciende el tiempo y la historia, aunque esté implantada en un acto y ser históricos.

8.- Por lo demás, si se intentase la formulación de la tesis contraria, que defiende el Historicismo, de que toda verdad depende de las circunstancias históricas y cambia con ellas, se llegaría a un relativismo, que no sólo destruye toda verdad, sino que se autodestruye como tesis filosófica. En efecto, si la verdad es únicamente tal para su momento y luego, cambiada la situación temporal-histórica, la misma formulación ya no es verdadera, se sigue que tampoco fue verdadera antes. Si A es A., verdadera en su época, dejase de serlo en otra, de modo que ya A no es A, sin cambiar los términos -en el ejemplo propuesto, si es verdad que Napoleón ganó tal batalla en tal época, y esa formulación que fue antes verdadera, ahora ya no es más verdad o sea que en este siglo ha dejado de ser verdad que Napoleón ganó tal batalla en tal época- para que persistiese la verdad en un caso y no en otro, habría que decir que A es A y que A no es A -que Napoleón ganó la Batalla y que Napoleón no la ganó-, lo cual es contradictorio e impensable; o sea, que tal proposición se puede formular con las palabras, pero no se puede pensar, no tiene sentido siquiera. Porque no se trata de que la realidad cambie -en el ejemplo, que Napoleón, que existió en el siglo pasado, no exista en este siglo- lo cual es evidente, sino que el juicio que la expresa como verdad, ese mismo juicio deje de ser verdadero. Cuando yo digo que Napoleón ganó tal batalla en tal época, se trata de un juicio que expresa un hecho contingente y transitorio. Es evidente que Napoleón no gana la batalla actualmente. Pero la verdad expresada: Napoleón en tal época ganó tal batalla es perenne y está fuera del tiempo y de la Historia y, por eso, es también verdadera actualmente.

Mucho más claro todavía: si se trata de juicios que expresan realidades esenciales e inmutables: entonces no sólo es inmutable la verdad formulada por el juicio, sino que es también inmutable la realidad y objeto por él expresado: se trata de un juicio verdadero y perennemente vigente aún en la realidad expresada. Mientras yo Puedo decir siempre que Napoleón ganó tal batalla en tal época, pero 710 puedo decir que Napoleón gana la batalla actualmente, puedo decir siempre que el hombre es animal racional, que lo fue, que lo es y que lo será.

El Historicismo, al hacer depender la verdad misma de la realidad histórica y someter a cambio la misma verdad, incurre en contradicción y, por eso, es insostenible. Más aún, la contradicción, no sólo afecta a la verdad históricamente relativizada, sino también al historicista que la expresa: toca al Historicismo como tal, porque su formulación misma está afectada -como todo juicio- de relativismo, de manera que él mismo, en definitiva, es y no es Historicismo, su afirmación fundamental constitutiva no es absoluta, cambia, y entonces es verdad y no es verdad que la verdad dependa de la historia y se autodestruye como sistema. En el fondo, sufre la contradicción interna del Escepticismo, al que se reduce todo relativismo, también el histórico o Historicismo. Por eso, contra él conserva su vigencia el férreo raciocinio con que San Agustín, en el De Trinitate redargüía al Escepticismo de los académicos.

9.-El carácter histórico de la verdad, si bien no afecta a la verdad misma, afecta, sí y en primer lugar, al sujeto humano que la formula, y, en segundo lugar, al contexto objetivo sobre el que la verdad se proyecta.

En cuanto a lo primero, es claro que el juicio no es impersonal ni a-histórico en su realidad concreta, es el juicio de un hombre individual y en tal situación histórica. La misma verdad será vista y la formulará con más claridad y profundidad un hombre que otro. Uno la develará en nuevas facetas, con más precisión y rigor que otro. Pero lo que los dos ven como verdad evidente es coincidente en su objeto, aunque difiera el modo con que cada uno de ellos lo ve.

También el hombre cambia a través del tiempo: el mismo hombre individual en dos edades, o dos hombres de épocas distintas. Una misma verdad se encarna en formulaciones distintas en uno u otro caso. La formulación de la misma verdad -Inmutable en su contenido objetivo- se encarna en formulaciones conceptuales y verbales diferentes.

Incluso las inclinaciones y preferencias de una época y de otra, hacen que ante una misma verdad, sustancialmente la misma, uno se aplique más a un aspecto que otro, o que la proyecte más hacia una faceta u otra de la misma.

Y esto nos lleva al segundo aspecto histórico que afecta a la verdad, no en sí misma o en su esencia, sino en su existencia concreta. Porque no sólo cambia el hombre y su visión científica, sus teorías del mundo, sino que cambia también el mundo mismo contemplado, más aún, el hombre lo va cambiando con la técnica y el arte.

La misma verdad frente a una realidad que cambia, que ya no es la de antes, adquiere proyecciones nuevas, se enriquece con nuevos aspectos de-velados del ser, hasta tal punto que

puede dar la impresión de que es otra. Veamos un ejemplo actual. León XIII subrayó la obligación de aceptar la verdad objetiva y, contra el Liberalismo, condenó por eso la libertad de pensamiento y de palabra. Lo que quería subrayar el Papa es que frente a la verdad objetiva no hay libertad,, el hombre está obligado a aceptarla.

Pero actualmente frente a un nuevo contexto histórico, la misma Iglesia defiende la libertad religiosa en el Concilio Vaticano II: La persona es libre y no debe ser violentada en sus creencias religiosas. Pero ahora se trata de la libertad subjetiva, de la libertad de conciencia; la cual no ha abolido aquella necesidad u obligación moral de aceptar la verdad objetiva libre, según decía León XIII. Lo que sucede es que la cuestión planteada por León XIII no tiene la vigencia de entonces, por la decadencia del liberalismo, y ha sido menester cambiarla por una nueva formulación que tenga en cuenta el contexto histórico actual. Los actuales estados totalitarios han querido someter y obligar a las conciencias a aceptar tales o cuales formulaciones de errores o renegar de tales o cuales verdades. Se trata de dos aspectos de la realidad, tenidos en cuenta en una u otra situación histórica y que pueden aparecer como opuestos. No lo son, sin embargo; pero evidentemente la realidad histórica ha cambiado y ha exigido poner énfasis actualmente en la libertad de conciencia o subjetiva frente a la precisión totalitaria así como León XIII ponía el énfasis en la obligación o necesidad moral de aceptar la verdad objetiva, frente a la indiferencia agnóstica del Liberalismo.

*10.-En síntesis, la verdad, esencialmente inmutable, aún tratándose de verdades de hecho contingentes, en su existencia se encarna en la historia tanto del lado subjetivo del hombre concreto en tal situación que la formula, como del lado objetivo, de una realidad por influencia del hombre natural y culturalmente cambiante, **sobre** la que se proyecta y pone en relieve nuevos y a veces insospechados aspectos de la misma. Como el hombre y su historia- y el mundo con él- la verdad adquirida, sin cambiar en su esencia, se enriquece sin cesar en extensión, en profundidad y en nuevas formulaciones o encarnaciones, de acuerdo a los pasos del hombre sobre el tiempo, que constituyen la Historia.*